



La universidad y el síndrome del edificio central

Antonio Miguel. Catedrático de Física. Universidad de Almería

En mis clases de Física, cuando llego a los temas de Hidrodinámica, explico a los alumnos el número de Reynolds; se trata de una magnitud que permite, entre otras cosas, discernir si un fluido en movimiento tiene una dinámica turbulenta o laminar. Osborne Reynolds (1842-1912) fue un famoso físico e ingeniero que, absorto en sus investigaciones, se olvidaba a menudo de asistir a clase; sus propios alumnos lo mandaban llamar y, entonces, entraba de forma apresurada en el aula, tomaba un volumen de Rankine (un texto estándar de la época), lo abría aparentemente al azar, veía alguna fórmula y decía que estaba equivocada. Entonces se dirigía a la pizarra para demostrarlo, escribía y escribía, hablando para sí mismo, de pronto se detenía, lo borraba todo y decía que estaba mal. Luego empezaba de nuevo y, hacia el final de la clase, terminaba una pizarra y afirmaba que esto demostraba que Rankine tenía razón después de todo.

Hace ahora cuatro años, en la Universidad de Almería tuvimos elecciones a Claustro y a Rector. Oí en la radio una entrevista al entonces candidato de la oposición donde advertía sobre la grave fractura que existía en nuestra institución entre dos formas de entender la Uni-



versidad. Pero además, con su talante conciliador, propugnaba superar esa brecha abierta en la comunidad universitaria y trabajar juntos en la mejora de la docencia y de la investigación. Las elecciones al Claustro de este año 2006 ya están convocadas y las de Rector están al caer. Y como en la clase de Reynolds, otra vez, andamos unos y otros en posiciones antagónicas para que una vez pase este periodo reconozcamos que, después de todo, el adversario tenía parte de razón. Quizá, como proponía el anterior candidato, ha llegado el momento de integrar y de no

excluir y, como quiera que hay que tomar partido por una u otra posición, cabe preguntarse quien ha hecho un mayor esfuerzo por conseguir precisamente eso, avanzar.

Felipe González Márquez gobernó España durante casi catorce años. Dice José García Abad en su reciente libro que, sin duda, ha sido el mejor Presidente de Gobierno de nuestro país en la historia reciente; también dice que fue el primer Presidente democrático de España y que Zapatero es el primero socialista. Los logros del sevillano en los primeros años de su mandato hay que tenerlos muy en consideración, sobre todo, en el contexto de principios de los ochenta; no obstante, a finales de la década su estrella se ve eclipsada confirmando que ocho años en el poder son más que suficientes. Al final de su mandato se cierra en sí mismo y desconfiaba de todos: deja vacante la vicepresidencia del gobierno, una dos departamentos no miscibles (Justicia e Interior) para no tener que recurrir a nuevos ministros y hasta olvida el nombre de alguno de ellos. A este mal se le conoce como síndrome de la Moncloa. Comó a González le sucedió con el síndrome monclovita, a Martínez le ha sucedido con el síndrome del Edificio Central.